

LA INMORTALIDAD CONDICIONAL DEL ALMA

MG. GLÜDER QUISPE
Profesor de la Facultad de Teología, UPeU
gluder@upeu.edu.pe

Resumen

El autor hace una revisión de textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento para enfatizar la condicionalidad del alma. Primero, destaca la naturaleza de la muerte como cesación de la vida. Segundo, se apoya en ambos testamentos al considerar la muerte como resultado del pecado. Tercero, sólo Dios es inmortal, y el hombre lo puede ser sólo poniendo su confianza en aquel que es la vida y la resurrección.

INTRODUCCIÓN

La resurrección de Cristo da sentido a la fe cristiana (1 Co 15:17) y la coloca por encima de cualquier otra religión. Los restos de los grandes fundadores de religiones, tales como Buda, Confucio y Mahoma, se encuentran en alguna parte de la tierra. Pero en ningún sitio del planeta están los restos del cuerpo de Jesús, porque él resucitó, él vive y vivirá por la eternidad.

La tumba que Jesús dejó vacía es la prueba más acabada de superioridad del cristianismo. No creemos apenas en un Cristo histórico, sino en Aquel que venció a la muerte y que promete otro tanto a sus seguidores (Jn 11:25, 26). Frente a esta gloriosa verdad, como la esperanza suprema del creyente, “¿dónde queda entonces la creencia tan difundida de la reencarnación? Éste es un pensamiento ajeno a la Palabra de Dios, contrario a la enseñanza de Jesús y sus apóstoles”.¹

LANATURALEZADELAMUERTE

Dios es vida. Él da la vida. El salmista refiriéndose a Dios expresó: “*Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la*

¹ Enrique Chaij, *1500 ventanas de la vida* (Buenos Aires, Argentina: New Life, 2000), 555, 556.

luz” (Sal 36:9). La Biblia narra la creación del hombre: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser (alma)² viviente” (Gn 2:7). La creación nos muestra que el hombre recibió vida de Dios.

¿Dónde estaba Adán antes de ser creado? Todavía no existía. Antes de su creación existía el polvo de la tierra, pero eso no era Adán. Dios tiene vida en sí mismo, y mucho antes de crear al hombre, pero así no ocurre con Adán. En otras palabras mientras el polvo de vida y el soplo de vida de parte de Dios no fueron combinados por el proceso de la creación, el hombre todavía no existía. Pero cuando estas dos cosas –los elementos de la tierra y el soplo de vida de Dios– fueron combinados por el Creador de la manera apropiada, esta combinación resultó en la existencia de un ser viviente, el hombre.³

Ilustremos⁴ la formación del hombre de la siguiente manera: supongamos que en cierto lugar tenemos una bolsa de clavos. En otro lugar tenemos trozos de maderas. La bolsa de clavos no es una caja. La pila de tablas no es una caja. Sin embargo, cuando los clavos y las tablas se combinan adecuadamente, entonces existe una caja.

Otra ilustración. Cuando sumamos $2 + 3$ es igual a 5. ¿En el número 2 hay 5? No, ¿En el número 3 hay 5? No. En este caso, el número 5 es el resultado de la suma de dos números: $2 + 3 = 5$. Ambos números (2, 3) son necesarios para que resulte 5.

De manera algo parecida el alma humana es una cosa compuesta,⁵ y su existencia depende de una combinación adecuada del cuerpo físico y de

² Alma es el ser. No el espíritu que vuela. El hombre no “tiene” un alma, él es un alma.

³ Robert Leo Odom, *¿Es el alma inmortal?* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1994), 10.

⁴ Recordemos que las ilustraciones son usadas en forma didáctica. Es posible que no explique la verdad completa.

⁵ Recordemos que el ser humano es un ser completo no es que tiene partes. Lo que a continuación ilustro es sólo en forma didáctica: Polvo + soplo divino = Alma Viviente. En el polvo sólo no hay alma viviente. En el soplo no hay un alma viviente. Cuando se “unen” estos “elementos” existe un Alma viviente, el hombre.

la vida de Dios. Nótese por lo tanto, que el ser humano no tiene un alma. Es un alma viviente.

Si el alma no existió hasta que el Creador combinó el soplo de vida de él mismo con el cuerpo físico que él formó con el polvo de la tierra, entonces ¿qué pasa con el alma cuando el soplo de vida se separa del cuerpo del hombre? La Biblia responde: “*y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu (soplo de vida) vuelva a Dios que lo dio*” (Ec 12:7). De este modo la muerte es el proceso creador a la inversa.

Dios es un ser inmortal (1 Ti 6:16). Dios no es un ser creado, tiene existencia propia.⁶ Cuando creó al hombre le dio inmortalidad condicional. El hombre fue creado con libertad para escoger. Podía obedecer o desobedecer. Pero su existencia dependía de la obediencia mediante el poder de Dios.

Dios advirtió a Adán y a Eva que el día que comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal ciertamente morirían (Gn 2:17). Es decir, que la desobediencia traería la muerte, “*Porque la paga del pecado es muerte...*” (Ro 6:23). Por su pecado debieron escuchar esta frase: “*polvo eres, y al polvo volverás*” (Gn 3:19). El hombre perdió el privilegio de vivir eternamente. El hombre es mortal. Adán no podía transmitir lo que no poseía, “*la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*” (Ro 5:12).

La última parte de Romanos 6:23 dice: “*La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*”. Fue sólo la misericordia de Dios lo que hizo que Adán y Eva no murieran inmediatamente.⁷ El Hijo de Dios había ofrecido dar su vida para que ellos tuvieran otra oportunidad. Él fue el “*Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo*” (Ap 13:8).

⁶ Odom, 13.

⁷ Asociación Ministerial de la IASD, *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*. 2:401.

Sistematicemos algunos puntos que son importantes respecto a la muerte:

1. La muerte es la cesación de la vida.⁸
2. En el Antiguo Testamento tenemos ejemplos donde se considera a la muerte como un sueño (lea: 1 R 2:10; 11:43; 14:20, 31; 2 Cr 21:1; 26:23; Job 14:10-12; Sal 13:3; Jer 51:39, 57; Dn 12:2; etc).
3. Asimismo en el Nuevo Testamento se usa el término dormir para referirse a la muerte (lea: Mt 9:24; Mr 5:39; Jn 11:11-14; 1 Co 15:51, 52; 1 Ts 4:13-17; 2 P 3:4; etc).
4. Los muertos no saben nada. “En ese mismo día (día que una persona muere) perecen sus pensamientos” (Sal 146:4; Ec 9:5).
5. Los muertos no aman ni odian (Ec 9: 4-6).
6. Los muertos descienden al seol (sepulcro; Gn 37:35; Nm 16:30).⁹
7. No es bíblico decir que los muertos tienen “vida espiritual”. El espiritismo se inició con Satanás en la primera mentira a Eva – “no moriréis” (Gn 3:4).
8. Dios considera abominables a los que intentan “comunicarse con los muertos”.¹⁰ Al final éstos serán castigados si no dejan esta práctica (Lv 19:31; 20:17; Dt 18:10, 11; Ap 21:8).
9. Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad” (2 Ti 1:10). Jesucristo es la fuente de la inmortalidad (1 Jn 5:11; Ro 6:23; 1 Co 15:22).
10. Cristo abrirá sepulcros y resucitará a los muertos (Jn 5:28, 29).

⁸ Ibid, 2:402.

⁹ Para más información de “El rico y Lázaro” de Lucas 16:19-31 leer el libro de: Odom, 89-92.

¹⁰ En verdad es comunicarse con el mismo demonio, el enemigo de Dios: Satanás.

LA MUERTE EN LA ESCRITURA¹¹

La Biblia rara vez presenta un concepto en forma sistemática. Narra historias, abre espacios para que los salmistas expresen sus sentimientos, y formula sermones proféticos y cartas pastorales. Leer estas últimas es casi como escuchar un solo extremo de una conversación telefónica. Con frecuencia leemos entre líneas para reconstruir el fondo de un asunto que está en discusión.

Ni el Antiguo Testamento ni el Nuevo bosquejan sistemáticamente cuál o cómo es la condición humana en la muerte. Generalmente se reconstruye la creencia bíblica acerca de la muerte basándola en alusiones diversas muy difundidas. Pero si bien algunas de las declaraciones pueden parecer enigmáticas, asoman ciertas limitantes bastante amplias. La Biblia establece límites definidos en cuanto a cuán lejos podemos llevar las figuras que usa cuando habla acerca de la muerte.

La muerte en el Antiguo Testamento

Las antiguas culturas semíticas expresan sus creencias de lo que ocurre después de la muerte mediante el uso de imágenes tenebrosas, silencio, y áreas u objetos polvorientos y ruinosos. La Biblia, particularmente el Antiguo Testamento, suele usar imágenes similares cuando habla de la muerte y de los muertos. El Antiguo Testamento se refiere a menudo a los muertos como que están en un Seol. El Seol puede indicar ya sea el reino de los muertos o el poder que configura la muerte.¹² La Escritura describe el Seol como:

1. Oscuro (Job 10:21; 17:13; 18:18; Sal. 88:12; 143:3; Lm 3:6).
2. Polvoriento y seco (Job 17:16; 21:26; Sal 7:5)¹³
3. Silencioso (Sal 31:17, 18; 94:17; 115:17; Is 47:5)

¹¹ Basado en Gerald Wheeler, *Más allá de esta vida* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1998), 78-84.

¹² D. N. Freedman, ed., *Anchor Bible Dictionary*, 2:101.

¹³ Algunos pasajes hablan de aguas imaginarias, como el de Jonás 2:3-6; Sal 42:8; 69:2, 3, 15, 16 y 88:7. 8. El Nuevo Testamento presenta la figura del fuego. Estas figuras de lenguaje presentan una serie bastante perturbadora de imágenes. Sin embargo, el Nuevo Testamento retiene la imagen de sequedad polvorienta en la parábola de Cristo del retorno de los espíritus inmundos (Lc 11:24).

El Antiguo Testamento habla del Seol como la morada tanto de los justos como de los impíos muertos (Job 30:23). Sólo una vez habla del Seol en el limitado contexto de los impíos (Sal 9:17). Aunque el muerto pueda estar en el Seol, no está fuera del alcance de la presencia de Dios (Sal 139:8; Pr 15:11; Job 26:6; Am 9:2). Dios puede rescatar a los muertos del Seol restaurándolos a la vida física (Sal 16:10; 30:3; 49:15; 86:13; Job 33:18; 28-30). El Seol fue descrito como estando en la profundidad de la tierra (Sal 88:6; Ez 26:20; 31:15; Am 9:2). Puede ser personificado como una bestia hambrienta (Pr 27:20; Is 5:14; Hab 2:5) con sus fauces abiertas e insaciable apetito, recordándonos una de las descripciones del dios cananeo de la muerte, llamado Mot.¹⁴

En cuanto a los muertos mismos, lo más que podemos decir de ellos es que el Antiguo Testamento los describe como poco menos que espectros y sombras. Pero las limitaciones fundamentales que el Antiguo Testamento impone sobre ellos, no nos permiten siquiera considerarlos como una sombra. Note que estas imágenes aparecen como breves alusiones en pasajes poéticos, previniéndonos así de no interpretarlos literalmente. El mismo principio se aplica a pasajes más largos.

En Isaías 14:9-20 y Ezequiel 32, por ejemplo, los escritores presentan a los muertos comentando acerca de otro muerto recién llegado. Los autores aquí, probablemente en el marco de la tradición semítica de lo que ocurre después de la muerte, ridiculizan las actitudes de las culturas circunvecinas de su tiempo. Ningún capítulo sugiere una descripción formal de la morada de los muertos. El objetivo, al parecer, es simbolizar la impotencia de los enemigos de Dios. Las descripciones son recursos literarios que tanto los israelitas como los paganos como los paganos comprenderían, no exposiciones sistemáticas de una doctrina. E incluso

¹⁴ Los textos ugaríticos describen a Mot como el archienemigo de Baal. En un punto Mot atrapa a Baal en el submundo, y éste tiene que ser rescatado. La historia se convierte en la explicación mística de las estaciones de lluvia y de sequía. Baal es aprisionado en el submundo durante la estación seca o tiempo de sequía, pero la lluvia y la fertilidad retornan cuando él es libertado. Habacuc 2:5 y Job 18:13, 14, particularmente, usan figuras que nos recuerdan al rapaz dios Mot. D. N. Freedman, ed., *Anchor Bible Dictionary*, 4:922-924.

en ese caso, la vida después de la muerte que describen difiere bastante de la comprensión popular del horrible infierno que algunos pasajes del nuevo Testamento presentan.

Los escritores del Antiguo Testamento pueden haber empleado imágenes populares y muy difundidas de las culturas circundantes que creían en una vida consciente después de la muerte. Pero lo hicieron con su propio sesgo particular, perspectiva que nos ayuda a entender tanto lo que querían expresar como lo contrario. Hace algunos años Alexander Heidel comparó lo que el Antiguo Testamento dijo acerca de los muertos con los conceptos mesopotámicos acerca de la vida después de la muerte.¹⁵ Encontró varias diferencias fundamentales, entre ellas las siguientes:

1. La religión mesopotámica creía que los dioses creaban la muerte como algo natural en la experiencia de los humanos. Contrariamente, el Antiguo Testamento enseña que Dios creó a los seres humanos con el propósito de que vivieran para siempre. La muerte no formaba parte del plan de Dios para ellos.
2. La religión mesopotámica tenía dioses especiales que reinaban en el mundo de los muertos. El Dios de Israel gobernaba tanto a los muertos como a los vivos.
3. Los mesopotámicos consideraban a los vivos y a los muertos como dependientes unos de otros. Los vivos tenían que alimentar a los muertos, y éstos a su vez, podían ayudar o dañar a los vivos porque sabían lo que estaba ocurriendo en el mundo de arriba. El Antiguo Testamento enfatiza claramente que los muertos no saben nada de lo que ocurre entre los vivos.
4. La religión mesopotámica no sabe nada acerca del concepto de resurrección del cuerpo. Si bien un dios (como Baal) podía escapar

¹⁵ Alexander Heidel, *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels* (Chicago: University of Chicago Press, 1963), 170-223.

del otro mundo, ningún ser humano jamás lo hizo. Los escritos de Daniel e Isaías presentan la doctrina bíblica de la resurrección.

“Estas diferencias -escribe Heidel- establecen las escatologías de los mesopotamios y de los hebreos tan distantes la una de la otra, como el oriente está lejos del occidente”.

Además, el Antiguo Testamento coloca rigurosas limitaciones sobre los muertos. Tales barreras, para todos los propósitos prácticos, imposibilitan que las imágenes que usan los escritores del Antiguo Testamento las interpretemos como algo más que recursos literarios para presentar el punto de vista o la enseñanza del autor. Ellos simplemente no describen la realidad. Cualquiera sea el destino del muerto, no viola los siguientes criterios:

1. Los muertos yacen en la absoluta inconsciencia; no recuerdan nada de su vida humana (Sal 6:5; 88:12).
2. Los muertos no piensan (Ec 9:10; Sal 146:4).
3. Los muertos no hablan (Sal 31:17; 94:17) ni alaban a Dios (Sal 6:5; 30:9).
4. Los muertos no saben nada de lo que ocurre en el mundo de los vivos (Job 14:21; Ec 9:5, 6).
5. Los muertos ya no trabajan (Ec 9:10).
6. Los muertos ya no participan en los afanes de la vida humana, ni pueden influir en los incidentes de los vivos (Ec 9:6).
7. Los muertos, tanto humanos como animales, perecen en la misma forma (Ec 3:19-21).¹⁶

¹⁶ R. E. Murphy, *Eclesiastés, Word Biblical Commentary*, 37

Si los muertos no piensan, hablan, recuerdan, o no saben nada, no pueden tener ninguna forma de conciencia que nosotros podríamos entender. ¿Cómo es posible que digamos que ya no tienen ninguna existencia significativa?

A diferencia de los elaborados retratos de ultratumba que se encuentran en las pinturas de las tumbas egipcias y en los documentos mesopotámicos, la Biblia prácticamente no dice nada acerca del Seol. Este hecho debería advertirnos contra el uso de algunas alusiones a los muertos, sobre las cuales se construye una detallada doctrina de la vida después de la muerte. Los escritores bíblicos parecen interesarse más en lo que los muertos no son, que en concepciones esotéricas, o suposiciones absurdas e irreales respecto a ellos. Algo más importante, ellos se ocupan de lo que los vivos deben hacer para ponerse en armonía con Dios antes de morir.

Si bien no la consideran en forma detallada, los escritores del Antiguo Testamento también reconocieron las implicaciones teológicas de la muerte. Génesis 2 y 3 señala al pecado y la rebelión como causas de la muerte. En otras partes trata la relación entre el pecado, la culpa y la muerte (Nm 18:22; Pr 6:12-19; Jer 31:29, 30; y Ez 18:1-32). Pero una vez más los escritores del Antiguo Testamento enfatizan que es más importante cómo vivimos, que las explicaciones teológicas de las causas o la naturaleza de la muerte.

Muchos eruditos, aunque personalmente crean en una vida consciente después de la muerte, son honestos al aclarar que el Antiguo Testamento no enseña lo que el común de la gente cree que ocurre con los humanos después de la muerte. El connotado sacerdote y erudito católico Roland Murphy, quien escribió el prefacio de una exposición erudita sobre la literatura sapiencial de la Biblia, enfatiza que, si bien uno podría sostener los puntos de vista cristianos tradicionales sobre la vida después de la muerte, tenemos que reconocer que el Antiguo Testamento simplemente no enseña tal cosa.

Otros no simpatizan con el hecho de que el Antiguo Testamento presenta un punto de vista tan restringido acerca de los muertos. Robert A. Morey,

por ejemplo, protesta por la “indebida dependencia sobre textos del Antiguo Testamento” de aquellos que rechazan el estado consciente de los muertos.¹⁷ Él arguye que la revelación progresiva nos impone el deber de interpretar los pasajes del Antiguo Testamento a la luz del Nuevo Testamento. Pero el Antiguo Testamento fue la Escritura de Cristo y de la Iglesia Primitiva, y como veremos, el Nuevo Testamento fue mucho más hebraico en su perspectiva sobre la muerte de lo que muchos creyeron.

La muerte en el Nuevo Testamento

El Antiguo Testamento, si bien reconoce en Génesis que la muerte no era parte del plan original de Dios, todavía la considera como una normal conclusión de la vida, aunque vemos algunas excepciones, como en Eclesiastés 9:3. Las personas vivían una vida normal, honraban a Dios y eran sepultadas con sus antepasados. Muy rara vez se aludió a la resurrección. Los hijos proyectaban la línea familiar puesto que nadie volvía de la muerte.

El Nuevo Testamento considera a la muerte con mayor repulsión. Los discípulos clamaron aterrorizados durante la tormenta en el mar de Galilea (Mt 8:23-27; Mr 4:35-41; Lc 8:22-25). Mateo 4:16 y Lucas 1:79 emplean la frase “sombra de muerte” en un sentido negativo. Jesús resucita a los muertos y llora frente a la tumba de Lázaro. Los escritores del Nuevo Testamento consideran más a fondo el hecho de que Dios no creó a la humanidad para que muriese. La muerte nos acecha a causa del pecado y la desobediencia. “La paga del pecado es muerte” (Ro 6:23). Adán trajo la muerte sobre toda la raza humana (Ro 5:16, 18; 1 Co 15:21), y ella finalmente reclama a todos (Heb 9:27). El Nuevo Testamento también la relaciona con el juicio, especialmente el juicio de los impíos (Ro 2:11; Ap 20:6; 21:8).

Pero, si bien la muerte no debía existir, Cristo tuvo que enfrentarla. Él revierte el mal curso que Adán le infligió a la humanidad (Ro 5:10), y nos

¹⁷ Robert A. Morey, *Death and the Afterlife* (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1984), 23, 215.

trae vida en vez de muerte (v. 18). Su crucifixión destruyó “*al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*” (Heb 2:14). El Nuevo Testamento asocia estrechamente a Satanás con la muerte. Y si bien el Antiguo Testamento señala al pecado como el origen de la muerte (Ez 18:4, 20), el Nuevo Testamento detalla aún más su relación (Ro 3:23; 5:12-21). Pero aún más allá de eso, Cristo se presenta como la solución de ambos. Su muerte expiatoria no sólo nos da el perdón de nuestros pecados, sino que también “*quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio*” (2 Ti 1:10). A diferencia de lo que ocurre con los seres caídos, la muerte no pudo retenerlo en la tumba (Hch 2:24). La muerte y la resurrección de Cristo le da derecho a ser “*Señor así de los muertos como de los vivos*” (Ro 14:9). Como nuestro Salvador, y porque atravesó el valle de la muerte, “*tiene las llaves de la muerte y del Hades*” (Ap 1:18).

Quizá lo más importante de todo es que el Nuevo Testamento ve la muerte dentro del contexto de la resurrección de Jesús. El adjetivo griego para “muerto” es *nekros*. Setenta y cinco veces *nekros* es el objeto de *egeiro* (“despertar”) o *anastasis* (“resucitar”). El Nuevo Testamento llama a Cristo el primogénito de entre los muertos en el sentido de que él fue el más importante de los que se levantaron de la tumba (Col 1:18; Ap 1:5). Incluso si la muerte ocurre, no nos separa de Cristo (Ro 8:38, 39). Por tanto, Pablo puede utilizar tales imágenes cuando se refiere a la muerte como estando “*presentes al Señor*” (2 Co 5:8), como “*ganancia*” (Fil 1:21), y “*partir y estar con Cristo*” (v. 23). En cada caso está diciendo que no tenemos por qué preocuparnos por la muerte, puesto que ni ella ni nada cuanto exista en la vida puede interponerse entre nosotros y Dios. Es ésta una forma de describir su confianza en Cristo y su plan de salvación, no cualquier hipotética etapa intermedia entre la muerte y la resurrección. “Dicho sencillamente, Pablo describe la muerte del cristiano como algo no final ni amenazante”. Estas imágenes no deben ser forzadas, particularmente en una doctrina que contradice el resto de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza y el estado de los muertos.

¿Qué en cuanto a pasajes como 1 Pedro 3:19, en el cual Cristo “fue y predicó a los espíritus encarcelados?” La tradición sostuvo durante mucho

tiempo que Cristo fue al infierno cuando estuvo en el sepulcro y predicó allí a los muertos. Paul J. Achtemeier, sin embargo, presenta un amplio consenso erudito acerca de que la proclamación de Cristo en este pasaje tuvo lugar, no entre su muerte y su resurrección, sino después de la resurrección. Los “espíritus” no eran las almas de los muertos, sino los poderes del mal, y Cristo no les predicó el evangelio a ellos, sino que los juzgó a la luz de la cruz. Además, Achtemeier considera que los muertos en 1 Pedro 4:16, en su condición de cristianos que aceptaron el evangelio antes de su muerte y la cruz, tienen la seguridad de que volverán a vivir en la resurrección y estarán para siempre con Dios.

El Nuevo Testamento también presenta la muerte como símbolo del pecado y sus devastadores efectos. Uno puede estar “muerto en delitos y pecados” (Ef 2:1; Col 2:13; Ap 3:1), o ser prisionero del poder del pecado (Ro 7:24). La conversión a Cristo, la liberación de la esclavitud del pecado, llega a ser un nuevo nacimiento (Ro 6:5-11; Gá 2:20).

CONCLUSIÓN

Si bien todos afrontamos la perspectiva de la muerte hasta el retorno de Cristo, aquellos que están “en Cristo” tienen la promesa de Dios de recibir el don de la inmortalidad. Es una esperanza indestructible (Ro 8:31-38; 1 Co 15:58; 1 T 4:18), porque sabemos que seremos “vivificados” (1 Co 15:22). De esta manera el foco cambia de la muerte misma a la resurrección y el poder de Cristo que destruye a la muerte, y a la necesidad del creyente de aceptar a Cristo.